

PRÓLOGO

La obra que me dispongo a prologar resulta de gran interés, especialmente para el lector católico, en más de un sentido. En primer lugar, soy consciente de que la figura del entrevistado —cardenal Burke—, a pesar de su larga, notoria y edificante trayectoria eclesial¹, ha adquirido una relevancia particular a partir de los *dubia* que, junto a otros tres cardenales —Caffarra, Meisner y Brandmüller—, presentó al Papa Francisco con motivo de la publicación de una exhortación apostólica resultado de los dos Sinodos Extraordinarios sobre la Familia, celebrados en 2014 y 2015: *Amoris Laetitia*.

En dicho sínodo, el aquí entrevistado, fue designado por Su Santidad como moderador de un grupo de trabajo de habla inglesa, aunque resultó ajeno a la génesis del documento

¹ Después de haber sido arzobispo de Saint Louis, fue llamado a Roma por Benedicto XVI, y nombrado prefecto del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. Recientemente, el Papa Francisco ha vuelto a incluirle entre los miembros del Tribunal, casi tres años después de haberle destituido como prefecto; al tiempo que, de palabra, le nombraba cardenal patrono de la Orden de Malta en noviembre de 2014, con el designio, entre otras cosas, de acabar con la infiltración masónica sufrida por la misma.

sobre el que pidió aclaraciones, dentro por supuesto de las formalidades previstas, al vicario de Cristo, a la vista de las primeras reacciones suscitadas por el expresado texto, con muy fundamentadas razones para dar semejante paso nada fácil ni cómodo, naturalmente, para cualquier purpurado: «*Tenemos conferencias de obispos que se contradicen entre sí en cuanto a la interpretación de Amoris Laetitia*», dice con razón el cardenal; no sólo eso, el debate había llegado enseguida a todos los niveles, también sacerdotes y fieles laicos se cuestionaban si se produciría una fractura —caso de que tal cosa fuera posible— con el anterior magisterio pontificio, muy concretamente el establecido por san Juan Pablo II².

A partir de ahí, frecuentemente con ánimo doloso de crear un falso enfrentamiento, se ha llegado a presentar a Burke como un prelado “fundamentalista”, aspirante a liderar un núcleo duro de resistencia al magisterio del actual Sumo Pontífice. Nada parecido a semejante postura puede rastrearse a lo largo de la esclarecedora entrevista que recoge el libro que tenemos ante nosotros. Pero eso no significa que puedan despacharse, sin mayores preocupaciones, algunas de las cuestiones fundamentales que se han llevado al debate sobre una cuestión que afecta al sagrado depósito de la fe que la Iglesia custodia: «*¿Cómo es posible —dice Burke en la entrevista— que una persona unida en un matrimonio fracasado pueda vivir con otra sin cometer adulterio o fornicación? Es imposible. Por lo tanto, debemos conocer las situaciones particulares, ser misericordiosos*

2 SAN JUAN PABLO II, carta encíclica *Familiaris Consortio*, 84: «Cuando el hombre y la mujer, por motivos serios —como, por ejemplo, la educación de los hijos— no pueden cumplir la obligación de la separación, asumen el compromiso de vivir en plena continencia, o sea de abstenerse de los actos propios de los esposos».

con las personas individualmente, pero tenemos que invitar a los que están en esta situación a convertirse y rectificar según la ley de Cristo. La finalidad de la misericordia es la conversión, y ésta es siempre la conversión a la verdad».

Añade algo de suma importancia, tampoco se ayuda a los hijos relativizando el valor sacramental del matrimonio de sus padres: «*Al honrar la verdad del sacramento del matrimonio no sólo glorificamos a Dios, fuente de todo bien, sino que consolamos a los jóvenes que han sufrido por las discusiones de sus padres*», e invoca en su apoyo la encíclica *Familiaris Consortio* de san Juan Pablo II.

Pero al margen de la relevancia de Burke, acrecida por el hecho de ser uno de los promotores de los *dubia* y de la trascendencia de lo que en ellos subyace, el libro contiene otras aportaciones de valor innegable, como el hecho de señalar por qué se ha generado en torno a ellos tal controversia; desvelando las causas de tanta confusión en torno a la correcta interpretación del documento post-sinodal, así como las medidas correctoras que deberían arbitrarse para aclarar, de momento, y acabar disipando cuanto antes las tinieblas que rodean a la misma. Razones para la esperanza no son precisamente lo que nos falta, sino el valor de defenderlas alto y claro frente a un mundo necesitado de oír las. Valor que no le falta al entrevistado.

Reconociendo la escasa formación de la que suelen adolecer, en las actuales circunstancias, las parejas que se disponen a contraer matrimonio, recomienda el cardenal, como preparación al sacramento, acercarse a la espiritualidad de santa Teresa de Lisieux, y de paso a la de sus padres, los santos Louis y Zélie Martin, cuyas reliquias, por cierto, estuvieron muy cerca de los padres sinodales durante la celebración del Sínodo de la Familia del que

venimos hablando, concretamente en la capilla, y no por casualidad precisamente.

Ciertamente, los jóvenes se ven obligados a superar todo un cúmulo de dificultades culturales y sociológicas, que se les han ido imponiendo desde sus primeros años de formación, a la hora de dar un paso tan decisivo como es el de fundar una familia verdadera, célula básica de la sociedad, conforme a lo establecido por la Ley natural, concepto fundamental que se ha postergado intencionadamente hasta llegar a convertirlo en una “peculiaridad católica”, como lamentaba ya durante su pontificado el actual Papa emérito. Respecto a ese rechazo, no deja el cardenal de destacar cuál ha sido uno de sus principales instrumentos, si de familia y matrimonio hablamos: la —cuidadosamente preparada y explotada— revolución sexual de los sesenta, asentadora de un feminismo radical, que ha terminado asentando la teoría de género, «*Una invención, —en palabras de Burke— una creación artificial. Es una locura que causará un daño inmenso a la sociedad y a las vidas de quienes la apoyan*». En plena sintonía con lo reiteradamente expresado al respecto por el Papa Francisco, que la ha calificado en distintas ocasiones de «colonización ideológica», expresión de una verdadera «frustración» para asumir la complementariedad necesaria que sirve de base y es requisito del matrimonio como acto de plena, libre y mutua donación, sin reservas, en los dos planos de la criatura humana: el material y el espiritual. Pero, a pesar de tantas presiones diseñadas y desarrolladas con todos los inconmensurables medios de una ingeniería social anticristiana, pilotada por buena parte de los principales organismos internacionales, Burke subraya, como signo de esperanza y confianza en la divina

providencia, que los jóvenes «*tienen sed de oír las verdades de la fe*»; algo que puedo confirmar gracias a mis ya largos años de dedicación a la docencia: los jóvenes quieren la verdad; esa fue la razón principal por la que Juan Pablo II tuvo con ellos tan rápida y duradera conexión, influyendo decisivamente en aquellas nuevas generaciones que le descubrieron como el gran líder internacional que estaban buscando.

Y la verdad, aunque tranquilizadora, es exigente. En relación con la castidad, el Papa actual ha dicho: «*El noviazgo fortalece la voluntad de custodiar juntos algo que jamás deberá ser comprado o vendido, traicionado o abandonado, por más atractiva que sea la oferta*³».

Uno de los mensajes más claros de la entrevista del cardenal es la denuncia de la dictadura del relativismo a la que nuestra civilización ha sido ya sometida. San Juan Pablo II alertó al respecto de manera inequívoca, reiteradamente: «*Es el riesgo de la alianza de la democracia con el relativismo ético que quita a la convivencia civil cualquier punto seguro de referencia moral, despojándola más radicalmente del reconocimiento de la verdad. En efecto, si no existe una verdad última —que guíe y oriente la acción política— entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto como demuestra la historia*⁴».

La idea quedaba ya muy clara, pero fue su sucesor, Benedicto XVI, a quien remite expresamente la entrevista, quien

3 PAPA FRANCISCO: Audiencia General del 27 de mayo de 2015.

4 SAN JUAN PABLO II, carta encíclica *Veritatis Splendor*, 101.

acuñó el término que nos ocupa: «¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante éstos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso, del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (c.f. Ef, 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo moral, es decir, dejarse ir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos⁵».

La entrevista nos ilustra sobre cuál fue la experiencia personal del cardenal Burke ante su vocación sacerdotal y el brusco giro que se percibió en el ambiente en torno al falso “espíritu conciliar” del Vaticano II. Él había comprendido muy joven —hacia los ocho años de edad— «que sin sacerdote no podía haber Eucaristía ni adoración», algo que, en buena medida, se vería devaluado por las erróneas y nefastas interpretaciones de dicho “espíritu”. Aquello trajo cambios que afectaron a la vida de la Iglesia y, por consiguiente, abandono de vocaciones y carismas propios de las órdenes religiosas. Vino, en suma, una ruptura que

—como alertara Benedicto XVI en la Navidad de 2005—, con una concepción extraviada de la Iglesia, la introducía en un proceso de secularización procedente del mundo en el que estaba incardinada. Por eso Burke, entre otras cosas, otorgó ya como obispo una importancia prioritaria a la «atención paternal a los sacerdotes y seminaristas, como también a todos los que estaban llamados al sacerdocio pero que aún no habían estado en el seminario», destacando que «el obispo tiene la responsabilidad pastoral de toda la grey de su diócesis, pero no podrá llevar a cabo sus tareas con éxito si no tiene un gran número de sacerdotes valiosos que le ayuden».

Aquella secularización eclesial no era producto espontáneo de la creciente influencia de lo mundano en el mismo corazón de la Iglesia, de los seminarios de las parroquias... Tampoco fue a más por la «pérdida del sentido de la sexualidad humana» que se venía preparando para hacerse más visible a partir de la referida revolución cultural de los sesenta. Se venía preparando, como mínimo, desde la imposición de la ideología ilustrada radical y su particular tratamiento de lo religioso: deísmo escéptico, entreverado de gnosis masónica que convierte al hombre en objeto de adoración, invirtiendo el orden natural más allá de la simple imposición de un supuestamente tolerante laicismo.

La triunfante Revolución francesa y sus ecos decimonónicos impusieron a la cristiandad, desde sus centros de poder, sus criterios siempre camuflados bajo los oropeles de una supuesta libertad, sin restricciones aparentes más allá de los “sagrados”, aunque variables, consensos puntuales fácilmente manipulables según la doctrina de Rousseau. Toda instancia superior e inmutable quedaba abolida por la criatura rebelada contra su Hacedor. Aunque sin saberlo,

⁵ CARDENAL JOSEPH RATZINGER, Homilía de la misa “Pro eligendo Pontifice”, lunes 18 de abril de 2005.

emprendía una lucha autodestructiva según la estrategia de los enemigos del alma.

Cabe destacar en esta obra la enfática defensa de la vida humana, puesta en entredicho como consecuencia gravísima de la deriva ideológica que al prelado norteamericano le ha correspondido presenciar; su exaltación de una de las encíclicas más importantes del siglo XX: *Evangelium Vitae*. Porque, en la visión de su autor, a finales de la pasada centuria ya no se trataba solamente de defender un sistema de valores elevados, sino de atrincherarse en la defensa de los derechos fundamentales del hombre, cuya plataforma no puede ser otra que la de la vida.

En ningún otro terreno el relativismo moral imperante ha conseguido tan destructivas victorias. Porque «*si es muy grave y preocupante el fenómeno de la eliminación de tantas vidas humanas inocentes o próximas a su ocaso, no menos grave y preocupante es el hecho de que a la conciencia misma, casi oscurecida por condicionantes tan grandes, le cueste cada vez más percibir la distinción entre el bien y el mal en lo referente al valor fundamental mismo de la vida humana*»⁶. «*¿Cómo ha podido llegarse a una situación semejante?*»⁷, se preguntaba el Papa santo a continuación, para responderse: «*En la raíz de toda violencia contra el prójimo se cede a la lógica del maligno, es decir de aquél que “era homicida desde el principio” (Jn 8, 44)*»⁸.

La guerra a la que se enfrenta la Iglesia, en definitiva, ahora como en el principio, es espiritual, y así debe entenderse: «*No luchamos contra carne ni sangre, sino contra*

⁶ SAN JUAN PABLO II, carta encíclica *Evangelium Vitae*, 4.

⁷ *Ibid.*, 11.

⁸ *Ibid.*, 8.

principados, contra potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad...»⁹. Conviene no perderlo nunca de vista.

Y en esa dirección tiene su mérito principal esta obra que, aparte de acercarnos al pensamiento del cardenal, nos orienta, con su guía, en ese sentido. Un año antes del Sínodo de la Familia, en Solesmes, en la Abadía de Santa Cecilia, decía el cardenal Burke: «*Dirijamos nuestra atención a la cerradura de esta puerta [se refería a Cristo], es decir, al Sagrado Corazón. Para poder abrirla debemos luchar para conocer los secretos de su divino Corazón que tanto ha amado a los hombres*». Otro gran cardenal, Robert Sarah, en entrevista concedida en 2015, invitaba a confiar en Cristo «*sin que importen las circunstancias que la Iglesia esté sorteando: es necesario permanecer sereno y tranquilo, porque en el barco que él [el Papa] está guiando se encuentra Jesús con él...*». Esa, y no otra, es la piedra angular de nuestra esperanza. Porque, venga lo que venga, repito una vez más que Cristo ha vencido al mundo y contamos con su promesa: «Las puertas del infierno no prevalecerán». Cuando tuve ocasión de conocerle en Madrid el pasado mes de septiembre, el cardenal Burke, en pleno ojo del huracán por el asunto de los *dubia*, descansaba en esa misma y absoluta confianza.

Alberto Bárcena, diciembre de 2017

⁹ Ef, 6, 12.